

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA ÚLTIMA FASE

Por Romuald Grané

SUMARIO

Amor y planificación. PRÓLOGO a cargo de Eulàlia Vintró

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA ULTIMA FASE.

Por Romualdo Grané i Vilaseca

- La Residencia del ICASS, de Mataró
- La soledat
- La seguridad
- Válidos a la residencia o residencia mixta.

EPÍLOGO, por Romualdo Grané i Vilaseca

Traducido al castellano por Francisco Conesa Vives

PRÓLOGO:

Amor y planificación.

A menudo (por desgracia demasiado a menudo) las noticias, los artículos de opinión y, hasta los informes de expertos que nos dan información sobre la gente mayor se limitan o bien al sensacionalismo o al alarmismo o bien a la insistencia fría y descarnada de las cifras, de los costos económicos de las pensiones y del gasto sanitario o social dirigido a la gente mayor y a la insuficiencia de recursos que en nuestro país se dedica. Es realmente una lastima que las buenas noticias no sean noticia y que cueste tanto encontrar información en los medios de comunicación sobre las diversas e innumerables formas que nuestra gente mayor ha hallado para seguir gozando de una vida plena y de contribuir, también, al resto de la sociedad.

El texto que tengo el honor y la satisfacción de presentar, que en cuanto lo leáis ya veréis que no necesitaba de ninguna clase de presentación, es una prueba fehaciente de dos cualidades imprescindibles para todo ser humano que realmente merezca esta consideración: capacidad de amar y capacidad de dar.

De la primera no es preciso decir nada, mas estoy segura que no es posible leer este relato sin emocionarse e incluso sin sentir un poco de sana envidia. Quisiera , más bien, comentar la segunda. En efecto, la experiencia que Romuald nos explica va más allá de una vivencia personal y, gracias a su capacidad de dar, esta experiencia se transforma en una propuesta razonada, y que habría de ser factible.

Desde la convicción compartida que ninguna persona debería verse obligada a ingresar en una residencia y, también des de la constatación que la familia actual y menos aún la familia futura podrá hacerse cargo de las progresivas situaciones de dependencia de las personas que superen setenta y cinco u ochenta años, es evidente que hará falta articular un amplio y diversificado conjunto de recursos que permitan garantizar la calidad de vida y la máxima autonomía a cada persona. Esta articulación y estas garantías, obviamente, nada más puede hacerla y darlas el sector público, aún contando con formas de cooperación en la gestión con el sector privado

no lucrativo y con el amplísimo tejido asociativo. No es preciso, por otro lado, inventar nada, ya que en los países de nuestro entorno europeo, y más especialmente los del norte de Europa, ya hace años que han puesto en funcionamiento un amplio abanico de servicios: ayuda a domicilio, centros de día, viviendas tuteladas, residencias de diversos formatos, etc. También hay en nuestro país, pero en número claramente insuficiente y, en algunos casos, de calidad poca satisfactoria.

La reflexión y la propuesta que aquí se nos hace, incorpora una perspectiva que hasta ahora ha estado poco valorada, en parte porqué la insuficiencia de los medios disponibles obligaba a dar prioridad a las personas más dependientes y en parte porqué se creía que las personas válidas no querían ir a una residencia. La nueva perspectiva tiene que ver no con la dependencia física sino con la relación emocional y afectiva y con el derecho que cualquier pareja tiene de no verse obligada a una separación no deseada. A partir de la reivindicación de este derecho elemental y del hecho que no habrá quien lo rechace, resulta evidente que en la articulación de servicios habrá que prever un tipo de equipamiento que permita la continuidad de la pareja y consecuentemente la existencia de residencias mixtas para personas dependientes y para personas válidas, inicialmente y como mínimo las parejas válidas de las personas dependientes que quieran seguir juntas. Ahora bien, de la reflexión sobre esta realidad de convivencia, evidentemente para la pareja, se desprenden otros beneficios para el conjunto de las personas residentes en la medida que las personas válidas dan más vida, más actividad y más calor de normalidad a toda el conjunto. Y en la medida que esto es así, no debería tampoco limitarse el acceso de las personas válidas a las parejas, más bien al contrario convendría reservar unos porcentajes de cada tipo de persona con tal de equilibrar en todo momento la dinámica del equipamiento.

Es cierto que en los últimos años se han ido ensayando diversos sistemas para facilitar la relación entre personas que viven en residencias y otras personas que viven en el núcleo familiar. Se han incorporado a las residencias los centros de día, los casals o las viviendas tuteladas, se han estimulado actividades culturales, talleres de manualidades y relaciones más personales con grupos de voluntariado, pero todo y la mejora que representan, no dejan de ser elementos externos y parciales.

Creo que en estos momentos, cuando el Gobierno de izquierdas de la Generalitat tiene la posibilidad y la obligación de corresponder a las ilusiones i anhelos de la ciudadanía y de articular un auténtico estado del bienestar, es especialmente útil la publicación y la lectura de UNA REFLEXIÓN SOBRE LA ÚLTIMA FASE y tengo el convencimiento que,

si la leen personas que han de planificar los servicios para la gente mayor, algunas de las muchas y aprovechables ideas encontrarán un espacio para ser realizadas.

Eulalia Vintró

Barcelona, diciembre de 2004

Una reflexión sobre la última fase

Adentrarse con curiosidad, con ganas de documentarse, en el campo de la demografía, en aquello que hace referencia a la Gente Mayor, es como sumergirte en un mar de cifras y datos que, incluso siendo hipotéticos, te magnifican un futuro en el que terminas sintiéndote inmerso, como en el interior de una realidad indiscutible. Te dicen que en el siglo XX se ha producido una revolución de la longevidad, en el que la esperanza de media de vida ha llegado a tantos años y que tal año llegaremos a no sé que y que el otro se llegará a no sé que. Me resisto a atolondrarme con números que, si bien son muy interesantes, te dejan atolondrado. La magnífica demógrafa ANNA CABRÉ te explica – de manera apasionante – y no acaba, todos los caminos a través de los que, con un poco de suerte, ya no nos moriremos nunca. En fin. Lo que sí que es cierto es que el alargamiento de la esperanza de vida es de tan gran medida, que lo que ahora nos miramos

todos con cierta ilusión – y, porqué no decirlo?, también con un poco de prevención, - pues se nos puede presentar como... más bien un problema. El alargamiento incontrolado de los años de vida conseguido, en gran parte, a partir de medicamentos que en la mayoría de casos sanan o frenan enfermedades concretas, pero que muchas veces dejan secuelas peligrosas, que se arrastran durante los años, hace que tal vez el panorama que se nos presenta no sea del todo brillante. Hago constar que soy vitalmente partidario de la ciencia y gran admirador de los resultados conseguidos. Pero soy consciente del mundo en que vivo y temo que, en muchas ocasiones, en los objetivos de los laboratorios existe tanto el interés por salvar vidas, como el hecho que los resultados económicos sean satisfactorios. A pesar de esto, no hemos de minimizar lo que ya es un hecho y muy importante, ni podemos cerrar los ojos ante el enorme incremento de personas mayores y cada día más mayores en edad, que se irán acumulando alrededor de sus familias. Y si ahora ya se da el caso que en algunas familias ya hay abuelos / as y bisabuelos / as, dentro de pocos años esto será el plato de cada día. Es posible que ya no sirva, por parte de los gobernantes de turno, esperar que las familias lo vayan solucionando como puedan, con ligeras ayudas económicas o de asistencia domiciliaria. Hace falta un planteamiento objetivo y profundo, por el que nos encontraremos que el trabajo femenino, - es de esperar y desear – que crecerá de manera remarcable fuera del hogar, y se remarcarán las dificultades de mantener el esquema clásico de la mujer como soporte de la familia que llega a todas partes – trabajar, criar los hijos, estar al cuidado de los abuelos, y quizás bisabuelos... En fin...posiblemente alguien esperara que las abuelas, no tan ancianas, estarán al cuidado de los/las bisabuelos / as y si puede ser de los nietos – que mientras se pueda, ya está bien – pero ya estamos cerca de lo que el Doctor Guijarro, desde Granada, nos avisaba de las abuelas esclavas. Parece que si no es muy preciso, y como cosa

puntual y transitoria, no es este el camino del Estado del Bienestar que deseamos. A pesar de esto, nos podemos encontrar con aspectos y facetas que, porque a unos no les guste se les pueda prohibir por Real Decreto. Ya somos más de un millón de personas mayores en Cataluña y de aquí a unos años seremos muchos más. ¿Quién puede dudar que entre tantísima gente habrá gustos para todos? Y la pregunta que nos podemos hacer es: ¿Qué persona, que institución – si estamos todavía en un régimen democrático, que ojalá sea así? ¿Quién tendrá derecho a obligar, o bien a prohibir, el que otros desean para ellos, siempre, es obvio, que esté dentro las normas naturales, o sea, de los derechos humanos?

Resulta emocionante, mirado desde una perspectiva distante, imaginarse una sociedad tan abundosa de gente mayor todavía con buena salud, con tiempo y con ilusión para hacer todo un conjunto de cosas que de más jóvenes no pudieron realizar, conviviendo con hijos y nietos, o solos, o mejor con la pareja correspondiente, en su piso o casita, disfrutando de un periodo de la propia existencia, que puede ser de máximo bienestar, Pero no hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta que lo ideal no siempre se corresponde con la realidad. Ya que unos por razones económicas, otros por problemas de convivencia familiar, muchos por carencias de salud, tal vez por lo dicho anteriormente, por falta de medicamentos que hacen, digamos, maravillas, pero no milagros, constituirán, en medio de este abanico de gente mayor – la mayoría de la cual se moverá todavía con buena salud – un grupo numerosísimo, incapaz de seguir sin un apoyo fuerte y decisivo para poder llegar al fin de carrera de una forma lo más digna posible.

Desde un punto de vista institucional, analizando la problemática de la gente mayor de cara a lo que podríamos decir etapa final, es preciso no

olvidar ni un solo instante con que material – permitirme la expresión – estamos trabajando. Totalmente deteriorable. Un pequeño resfriado desmonta todo un castillo. Una simple caída rompe toda una imagen que parecía eterna. Los ejemplos podrían ser infinitos. Es solo un toque de atención, a tener en cuenta, cuando se hacen proyectos y planificaciones de cara al futuro de colectivos de gente mayor.

El mérito más grande de cualquier abuelo/a es, tal vez, la acumulación de experiencias, de vivencias, de conocimientos adquiridos a través de los años transcurridos, cosa que puede ser la base de lo que solemos nombrar como la sabiduría de los abuelos. Digamos que esta cara positiva de los años. La otra cara menos positiva es que la acumulación de años nos convierte el cuerpo mucho más indefenso y vulnerable ante cualquier agresión externa.

Se insiste mucho y nunca se hará suficiente, de la importancia que cada persona, individualmente, asuma el problema de envejecer, aceptando que al final de la vida encontremos la muerte. Antes, hay un periodo, tal vez el más dificultoso, que si, entre uno mismo, más el entorno, y en grado superlativo las instituciones, no se crean unas condiciones estructurales de consistencia socio sanitaria, cultural y humana que permitan encarar esta fase con una sensación de seguridad, de serenidad, con la que se pueda ir superando todos los inconvenientes y dificultades y que nos facilite llegar al final de trayecto de la forma menos traumática posible, este final puede ser muy desagradable.

Sin duda no podemos estudiar la problemática de la gente mayor como un todo, como un cuerpo uniforme. Si solo nos basamos en la situación en Cataluña, donde parece ser que superamos el millón de pensionistas, seguro

que encontraríamos todo un muestrario de gustos, conveniencias y necesidades de las más variadas formas. He de confesar que personalmente me preocupan poco o nada los que, entre pensiones, posibilidades económicas particulares o fondos de pensiones, no tienen nubarrones económicos en su firmamento. La cosa me preocupa cuando hablamos de abuelos / as que viven solos y con pensiones ridículas, o no solos, pero a quienes tampoco les llega para final de mes. En fin, toda la pobreza descrita en Cataluña – decimos Cataluña porque hablamos ahora y aquí, pero la preocupación es global, general – Bien, volviendo aquí, no se puede ignorar otro gran grupo que sin duda no es tan lastimoso, pero de quien no podemos olvidar la problemática. Es el sector que se encuentra situado en la franja, digamos, de clase media baja hacia abajo. No se les reconocen derechos como necesidades, pero no llegan, con lo que cobran, a poderse pagar muchas de las cosas que les son necesarias, Sin ir mas lejos: No tiene derecho a una plaza de residencia publica porque cobran demasiado, pero no pueden ir a una privada porque no llegan por mucho. Así mismo les sucede si solicitan centro de día, o si solicitan cualquier servicio de tipo social. En una de las últimas encuestas, se indica que al 33 % de las personal mayores les preocupa el precio de las plazas residenciales – en Cataluña el 41 % - cosa que indica que cada día crece el numero de personas mayores que miran hacia las residencias como posible y definitiva solución, a pesar de la propaganda que hay en contra por parte de ciertos sectores.

Hablando de las problemáticas que preocupan a la gente mayor encontramos que la prioridad es la parte económica – digamos pensiones y es normal que sea así, ya que si después de tantos Congresos – estatales, nacionales, municipales, etc, etc. – en que ya desde el primero se reclamaba con urgencia que se equipararan las pensiones mínimas con el Salario

Mínimo Interprofesional, incluso teniendo en cuenta que este se puede considerar muy bajo, o sea corto, para alcanzar un nivel de vida, digamos digno. Bien, estamos donde estamos y todavía estamos hablando de la precisión de arreglar las pensiones no contributivas, así como las de viudedad. Todo esto nos conduce al hecho que el 67 % de los encuestados manifiesten que las pensiones son el primer problema. También es preciso no menospreciar que el espectro de la soledad preocupa a un 46 % del colectivo de gente mayor. Con un porcentaje también muy elevado, en la encuesta se manifiesta que el otro gran temor es el de la seguridad, poder mirar el futuro con una cierta confianza y sentirse a cubierto de los imprevistos de la vida, en la medida que sea posible. Al notar como las propias fuerzas, tanto físicas como morales te menguan, sientes la necesidad de poder confiar en algo más consistente, más seguro, algo que te tienda la mano hasta el final del trayecto. Hay la familia, básicamente, más adelante hablaremos de ella.

Me gustaría saber valorar aproximadamente la importancia cuantitativa que podemos alcanzar con relación a la gente mayor. Me leo todo lo que cae en mis manos referente al tema, y no es poco y es realmente aturdidor. Si además nos atrevemos – lo tenemos que hacer en un momento u otro – a valorar la parte yo diría cualitativa de esta masa de gente mayor – digamos la parte de la salud – de enfermedades, sin olvidar nunca que es un problema que indefectiblemente va en aumento de una manera espectacular. La ecuación es clara: A más años de vida – o de existencia – más gente ira quedando por la cuneta esperando quien le ayude en su problema. La gravedad del problema es que no será uno, sino miles.

En una mesa redonda donde hablábamos del Testamento Vital, o últimas voluntades, sentí la necesidad de decir que si es que existió un creador era

manifiestamente claro que de la última etapa de la vida del ser humano se le habían perdido los papeles. Solo hace falta girar la cabeza hacia donde quieras y te encuentras con toda aquella relación de enfermedades y sufrimientos. Si te paras a mirarlas te quedas aturdido. Bien, tengo pocas posibilidades de aclarar nada al posible creador. Todavía me sentaría peor callar mis experiencias a quien le puedan servir para que desde lugares de decisión tenga posibilidades de aligerar los sufrimientos y el malvivir, a todo aquel conjunto que ha ido quedando por las aceras de los caminos de la vida. Es de suponer que no estamos en condiciones de elegir y decidir si queremos vivir menos años y con mejor calidad de vida o si nos tenemos que quedar donde nos toque dentro de esta perspectiva actual y futura.

De la misma manera que he dicho anteriormente que no me preocuparé por los que tienen solucionado el problema de pensiones y, por consiguiente, la situación económica, de lo que me alegro mucho, tampoco me preocuparé de los que están llenos de salud y viviendo en su casa con la esposa, o bien con los hijos y nietos en armonía y llenos de felicidad. Ojalá les dure muchos años, y ojalá fuesen muchos más los que pudieran disfrutar de semejante situación.

Como se suele decir, procurare ser breve. O sea, no seré más extenso de lo imprescindible para narraros una parte de mi historia y de mi esposa en lo relativo a la problemática de nuestra vejez. Intentare explicarlo de forma que os pueda ser inteligible: Cuando tenía 56 años, a Flora, mi esposa le diagnosticaron Alzheimer, una enfermedad que en aquellos momentos, hace casi 23 años, era algo bastante extraño. La cosa comenzó con que le cogían las cosas. Nos dijeron que podía tratarse de demencia senil prematura. Pero la cosa se iba agravando y no pintaba nada bien. Para simplificar: Yendo de un médico a otro – psiquiatras, neurólogos, etc., etc.

– y después de diversos análisis y variopintos tests, resulto ser un manifiesto Alzheimer. A pesar de todo el cuidado y delicadeza que pudiesen tener, en explicártelo y describirte todo lo que te podías esperar como consecuencia de la enfermedad, - a pesar que en aquella época no se tenían los conocimientos actuales – te sientes como muy desamparado. La experiencia no es para explicarla y menos para vivirla. Pero, como es natural, la tuve que pasar, y todavía la estoy pasando. Supongo que para sacarme posibles méritos – ah malos! – los familiares y las amistades más próximas me decían y todavía me dicen, que tengo un carácter especial para estas cosas. La vida me ha reservado facetas muy duras y es de suponer que todo junto te forja. Mas no tengáis miedo porque ahora no os explicaré en detalle mi vida, solo en lo relativo a esta última fase, que quizás si que podríamos considerar la más grave, aunque solo sea por su duración.

Supongo que he de explicar que: Si cuando tenía un perro pastor alemán compraba libros referentes a la crianza; si cuando criaba conejos o gallinas hacía lo mismo, pues no es preciso que diga que busque todo lo que podía tratar sobre esta enfermedad o cosas relacionadas con su problemática. Estando ya en la Residencia, en alguna ocasión ha venido alguna cuidadora para que le dejara algún trabajo referente al tema. Posiblemente llenaría un libro solo relatando el recorrido de especialistas que he consultado, de pruebas que le han hecho. No querría pasar por alto todo esto, ya que sin esto quizás no tendrían sentido otras facetas de esta narración.

En cierta ocasión, comentando el caso de Flora entre personal especializado de la casa, y ya llevábamos unos cuantos años (o sea que ya nos conocían) alguien dijo: “Es que Flora es un caso atípico”, a lo que otro respondió: “Es que Flora ha tenido un trato atípico”, opinión que coincide plenamente con

la mía. He visto y todavía veo muchos familiares que, junto con un pozo de besos y carantoñas les hacen saber que están enfermos e incluso parece que hay médicos que opinan que el enfermo es bueno que lo sepa. Recuerdo tan sólo una vez, que Flora, ante una serie de olvidos y pifias dijo: “Siguiendo así acabaré como una idiota”. Yo, como siempre que algo no iba muy bien, me saqué de la manga cualquier tontería o payasada para que ella se riera y, una vez había reído ya había pasado el temporal. Recordemos que esto fue en los primeros años de la dolencia. Los médicos ya me advirtieron que el trabajo que hacía en el taller – llevaba el despacho, relación con clientes, con proveedores, etc., etc. – no podría seguir y que sería bueno que aprendiera alguna manualidad, a lo que respondí que no hacía falta que aprendiera ninguna, ya que su verdadero oficio era coser y ya le proporcionaría faena y así lo hicimos. Hacíamos unos cojines y un tipo de funda para sofá cama, que en aquellos tiempos se llevaban mucho y yo, en gran parte, se los cortaba y ella los cosía y los vendíamos a tiendas de muebles que ya eran clientes nuestros. Los primeros años son cuando vas encajando las sorpresas – y ninguna agradable – y cómo vas dándote cuenta de cómo la enfermedad va avanzando y va comiéndose terreno, y entiendes que has de montar una línea defensiva para aminorar el avance del adversario, y la basábamos en tres puntos concretos: En primer lugar, en trabajar. Ella siempre había sido muy activa. Seguíamos un ritmo muy prudente pero, ocupando bastantes horas, que a la vez que eran de trabajo eran de distracción. Lo segundo que hicimos fue que una vez confirmaron la enfermedad, - siempre según los límites de infalibilidad en que puedes confiar- seguidamente, compré una mini cadena y diversos altavoces que instalé por toda la casa que siempre estaban envueltos de música de lo más variada, a la que Flora era particularmente sensible. El tercer aspecto era quizás el más especial: Era lo que denominamos terapia de la risa. Dado que a ella le costaba poco reírse, facilitaba que mis payasadas no tuvieran

que ser excesivamente excéntricas. Esta sensibilidad para la risa le ha durado hasta hace poco y todavía alguna vez se engancha, y esto es buena señal. Esto se lo explicaba al psiquiatra y le parecía oportuno y lo que más me hacía detallar era lo que denominamos “porcentaje de colaboración” en las tareas que íbamos realizando. Por ejemplo, al principio preguntaba por la costura y por la cocina. Sintetizando diré: Tanto en la cocina como en la costura yo intervenía con un 20 % y ella con un 80%, cosa que era de admirar. Pero la cosa fue cambiando más o menos lentamente, - aquello de ir disputando el terreno palmo a palmo o centímetro a centímetro – y llegó a ser mi parte el 80 %, y el 20% la suya. Y esto sucede cuando llevábamos 12 años de Alzheimer.

Es preciso que explique, porque resultará más entendedor, que era el verano del 93 y fuimos a El Morell a casa de unos primos y ella se quejaba de dolor en el brazo, el médico de cabecera le recetó una pomada, pero al cabo de unos días de estar por allí en lugar de curarse aquello se hinchaba. Regresamos rápidamente y cuando el médico lo vio nos envió a urgencias, le hicieron una radiografía y el brazo estaba roto, sin haberse dado ningún golpe ni nada parecido. Creo que le llaman rotura patológica o algo parecido. Como teníamos la intención de ir a pasar un mes a Francia a casa de unos compañeros, el traumatólogo le hizo el vendaje adecuado, recomendó cuidado y nos dijo: de aquí a 30 días tenéis que estar aquí para operarla. La cosa no pintaba bien, ya que todos los especialistas en su enfermedad te remarcaban que cualquier operación en que interviniese la anestesia los efectos negativos podían ser espectaculares. Y así, más o menos, ocurrió.

A partir de aquí todo fue diferente. Si ya en los últimos tiempos la cosa se había puesto difícil, entonces todo empeoró. Ya precisaba estar mucho más

por ella, ya no cosíamos ni hacíamos nada, lo que quiere decir que las horas se habían de llenar de alguna manera.

El Ayuntamiento hacía un par de años o más me facilitaba una trabajadora social dos horas a la semana, - por tanto sé lo que es ayuda domiciliaria – Bienestar Social, como Flora no cobra pensión, nos daba 40.000 Pta. cada mes. Para solicitar cada año.

Quizás tendría que explicar que vivíamos a pie de carretera, pero a un kilómetro del pueblo, que era Sant Fost de Campsentelles. Una casita rodeada de árboles de todo tipo, con 40 rosales de los más variados, un trozo de huerto. Los ruiseñores, cosa infrecuente, criaban en los arbustos que teníamos en el jardín. Las abubillas también las teníamos en casa... pero para que continuar, si en aquellos momentos nada tenía el mismo color, ni el mismo aroma. No tenemos hijos y mi hermana vivía en una casa junto a la nuestra y ella era la que cuando yo marchaba a Barcelona a alguna reunión, actividad o algún acto, cuidaba de Flora. Para rematar este punto, cabe decir que ante esta panorámica no encontré mejor solución que ir a una residencia, pero lo que en ningún momento se me ocurrió era enviar a Flora sola y quedarme yo en casa. Juntos habíamos pasado mis peripecias con los policías, los Consejos de Guerra, y cuando me enviaron al Penal de Santoña, lo primero que se le ocurrió fue: “Si supiésemos que estarás muchos años yo me voy a Santoña y ya encontraré trabajo de alguna cosa y así podría verte a menudo y ojalà pudiera entrar a trabajar dentro del Penal. Sería lo ideal”. Pues yo sí que podía estar dentro de donde estuviese ella y así lo hicimos. A finales del 93 ya se hablaba básicamente de residencias asistidas y algunas Asistentas Sociales con las que hable del tema me decían: “No se lo proponga, de entrar usted, porque acabará loco”, pero yo tenía muy claros los objetivos y recuerdo que en una ocasión hablé

con el Conseller Comes, que me dijo que ponerla a ella sola era mucho más fácil y le contesté: “Soy partidario de la Ley del Divorcio y creo que ha de ser, pero yo no me quiero divorciar. Precisamente, cuando creo que ella más me necesita. “ Creo que el Conseller me comprendió. Y no me escondo de decir que, si alguna cosa he hecho bien en esta vida, ha sido dar este paso del que estoy muy satisfecho, y si algo me repugna y me escandaliza es pensar que hay quien tiene poder para impedir que den este – o parecido – paso las parejas que lo consideren oportuno. Más aún, si los que utilizan este poder llevan vestidos de “progre”. En toda esta panorámica, cabe añadir que yo tenía una válvula en el corazón que no funcionaba y que según el cardiólogo de Mollet era preciso intervenir en una operación de aquellas que creo dicen a corazón abierto, además la próstata también amenazaba ruina y el especialista hablaba de operación. Todo presentaba una panorámica muy importante, a la que se había de afrontar y por descontado la más sensata era la residencia, ya que si me habían de intervenir ella quedaba atendida sin forzar la colaboración familiar. Pero lo más interesante es que hace diez años y todavía no me han intervenido y el corazón se me ha sanado y ya no tomo ni pastillas y la próstata con una pastillita al día se mantiene tan bonita. Me imagino que al resto no os hará pensar demasiado, pero yo sí que he dedicado muchos momentos y la conclusión es clarísima: Doce años que si bien estás en tu casa, en tu ambiente, rodeado de tu familia, todo lo que queráis, pero con una problemática bastante pavorosa y que te has de solucionar tú, procurando molestar lo mínimo a la familia, pues prevés que la cosa va para largo e incluso conociendo la predisposición familiar no quieres que se pueda quemar el barco antes de haber realizado todo el recorrido; estar todos estos años, día a día, aprendiendo constantemente el trabajo del cuidador, llevar la casa, el trabajo, que era al mismo tiempo como una terapia... en fin esto lo podríamos alargar hasta no sé donde. Lo he citado

para fundamentar mi opinión que no es extraño que el corazón se quejara. Y la otra cara de la moneda, la residencia, donde me lo dan todo hecho, donde me quitan todo un cúmulo de responsabilidades, donde en todo momento tienes una mano que te atiende, te aclaran cualquier incógnita o duda que se te presente. Bien, no quiero decir que fuese como volver a nacer, pero quizás sí que lo compararía con el hecho de salir de la prisión a la calle. Cambiar de un ambiente que te resultaba hostil, agresivo, en el que te sientes incómodo. Y este ambiente era ni más ni menos que en nuestra casa, que nosotros nos la habíamos diseñado desde la primera piedra hasta la última flor. Sin ninguna duda si no hubiésemos dado el paso, en estos momentos los dos ya estaríamos muertos y enterrados o en peor situación. De hecho la existencia de Flora se ha alargado excesivamente. Pero, si bien aquí está en un estado deplorable, imaginemos los dos juntos y solos en nuestra casa, por mucha asistencia domiciliaria que nos facilitasen, y que ya no cuidaríamos, flores ni plantas ni nada parecido. En aquellos momentos, al tomar la decisión de entrar en una residencia lo planteé a la familia, a quien les dije: “Quizás primero por interés mío, después por el bienestar de Flora, pero también para evitaros la parte que, lo queráis o no, os tocaría en esta rifa. Lo comprendieron enseguida, no en vano, llevábamos doce años de experiencia. Y por mi parte, como digo más arriba, fue toda una sensación de liberación y cuanto más tiempo pasa más tengo esta sensación de libertad, de bienestar, dentro de lo que los años te permiten. A veces digo que el defecto de estas residencias es que cuando ingresas te tendrían que quitar treinta años de encima, pero esto no es posible, verdad?. Bromas a parte, llevo cerca de diez años de residente y esto me ha permitido tener la esposa mucho más bien cuidada que si la hubiera cuidado yo, con toda la asistencia domiciliaria que quieran. Ahora puedo realizar en el casal y la residencia una labor humana que nunca hubiera pensado que llegara a hacer, i además tengo tiempo para actuar en

el partido en diferentes espacios. Si tuviera que hacer comidas y preparar la marcha del hogar y estar al cuidado de la enferma, que ahora ya requiere jornada completa, por mucha ayuda que me facilitasen no llegaría ni de largo donde llego y, en especial, con la sensación de seguridad con que me desenvuelvo, sabiendo que Flora está atendida profesionalmente y humanamente las veinticuatro horas del día y de la noche. Esta sensación de seguridad, tan solo la puedes alcanzar en lugares como este. Supongo que no extrañará, ante mis vivencias, la reafirmada opinión que tengo sobre las residencias, obviamente públicas, ya que las privadas las desconozco.

Sin duda el tema es amplio y profundo. La palabra residencia la empleamos no sé si a la ligera o bien aglutinando un amplio espectro de cosas diferentes. Dejando las otras de lado, iremos simplemente a las de gente mayor: Residencia es, o debería ser, un lugar adecuado para vivir. No parece oportuno este nombre en un lugar donde la mayoría de los que están tienen el dolor y el lamento como expresión normal, junto con el asumido “ojalá Dios se me lleve” o con el otro “ojalá mañana no me despertara”. Por mucho que se ponga el apellido de Asistida esto no tiene nada de residencia, y crear lugares – alguien ha dicho pretanatorio – de estas características conscientemente, es casi incurrir en posible delito contra la Humanidad. Sin duda la fase es delicadísima, pero por esto mismo sería necesario que se estudiara de forma muy detallada. Y no por real orden. A mí personalmente, hay dos cosas que me obligan a recapacitar profundamente, y son las siguientes:

La 1ª. Por el motivo que sea – pastillas, etc., etc. – la vida, la existencia mejor dicho, tiende a alargarse amenazadora e imparable. En algún lugar ya lo digo, lo que puede ser motivo de ilusión se convierte, también en motivo de temor. Desde aquí dentro, estás como en una burbuja de observación

donde puedes vivir rozando procesos de deterioro, a veces parable y recuperable y otras, que van en línea recta hasta el final. Es tal vez el punto desde donde valorar muy seriamente la importancia que tendríamos que dar para hacer lo menos penosa posible – desesperante para algunos – esta fase, la que no estaría de más, poder suprimir. Mas por ahora esto no se ve posible.

La 2ª sería que si, como se prevé, la avalancha de gente mayor es tan numerosa como parece, - lo que es deseable? – todas las medidas serían poco para afrontar esta eventualidad, y por descontado que las atenciones individuales y a niveles únicamente familiares, aunque sea con las siempre escasas ayudas institucionales, nunca habrá bastante. Sería necesario hacer un inciso referente al básico y determinante tema de la familia.

En primer lugar cabe destacar que cuando se abordan problemas de gente mayor, hablando de la familia, todo el mundo, en especial las instituciones, se refieren a la mujer de la familia, que es la que ha sido desde siempre, el eje alrededor del que han girado todos los mecanismos de esta institución y ella los ha coordinado a todos. Pero últimamente la familia ha evolucionado y ha sufrido cambios muy significativos. Se dice esencialmente por el hecho que la mujer ha salido a trabajar fuera del hogar. A todos se nos abre el corazón y se nos llena la boca de ilusión al hablar de la familia, pero no por el hecho de hablar de ella, más bien es por llenarnos el cerebro de las posibilidades positivas, que esta institución puede jugar en esta problemática de la gente mayor, de la que también es miembro. Compartiríamos a miles las fotografías, dibujos, panorámicas de lo que a diario podemos disfrutar: Abuelos y abuelas rodeados de nietos y nietas en un ambiente de perfecta felicidad y armonía. Pero ¿es así el desarrollo diario de la vida, en términos generales? Hay un cierto número

de familias que se corresponderán con este esquema, pero ¿en qué porcentaje?. Seamos realistas. Si alguien fuese capaz de hacer un análisis detallado del funcionamiento de la institución familiar, quizás nos encontraríamos con el quid de la cuestión, que las familias que mejor funcionan son las que tienen como soporte a la abuela, una abuela que todavía esté medianamente fuerte y que tenga la cabeza clara. A partir de esta situación podríamos elaborar el guión de un montón de películas o novelas con diferentes finales, mas ai las!, que los finales en este terreno raramente son agradables y en algunos casos son desagradables, o muy desagradables. Lo son cuando la abuela lo ha dado todo, ha servido a todos, mientras le ha quedado una pizca de fuerza, aquello de “mientras pueda” y cuando no ha podido más, entonces a una residencia y que alguien haga más que nosotros.

No seré yo quien esté en contra de la nueva estructura familiar. Sino al contrario. Parece que en la familia actual, el lugar de las personas mayores no está muy claro.

A vista de pájaro, aparenta que los abuelos, - y si está la pareja, bingo! – han de tener su propio piso, lo que mientras hay salud es lo ideal. Si se pudieran parar los relojes y los calendarios! Fotografía fija: Los abuelos felices en su casa y el matrimonio o pareja con sus hijos en la suya y todos contentos y satisfechos. Mas, mira por donde, el reloj se pone en movimiento, el calendario comienza a desprenderse de hojas. Surgen arrugas, después dolencias, artrosis, en fin, a partir de aquí podemos escribir otra serie de novelas para todos los gustos, pero ninguna con final feliz. Se intenta solucionar o suavizar el problema con ayudas domiciliarias de diferentes tipos. Es mucho lo que se hace, y muchísimo lo que queda por hacer. Es admirable el esfuerzo que se lleva a cabo desde diversos terrenos,

técnicas y especialidades. Parece una batalla de todo y todos contra la fuerza destructora de los años. Y hasta el momento no encontramos nada para parar esta fuerza. La Ciencia no para de descubrir cosas aparentemente maravillosas y una vez se ponen en la práctica diaria resultan ser casi un simple parche. Solo nos faltaban las nuevas enfermedades y demencias en toda su variedad.

Quien no me conozca a fondo, sin duda sacará una impresión equivocada de mi personalidad. Forzosamente creerá que soy un pesimista y de espíritu negativo. Pero radicalmente nada de eso. Lo que sucede es que llevo más de veinte años viviendo rodeado por todos estos problemas, desde todas las perspectivas posibles y he de analizarlo con un prisma muy realista. La vida me ha encarado a dificultades de tipo muy duro y he aprendido a afrontar todo lo que haya hecho falta y aquí estoy. Lo que me sabe mal es ver que tal vez, con los ojos entornados, se han de afrontar problemas de cierta gravedad pensando que las cosas son como él querría que fuesen y no como realmente son. No me gusta magnificar el problema de los años, no quiero dar la impresión que tengo manía. A pesar de ello, cuidado con los años, que ellos podrán con todos nosotros, y no es broma, que es muy serio.

Lo que más sientes en ambientes de gente mayor, es que los años no perdonan. Mientras la dolencia es suave se hace broma con aquello de “si no fuera”, pero, cuando se suman más años y dolencias y más graves, el espacio para la broma se va reduciendo. Y en especial cuando ves que vas complicando la existencia de la estructura familiar. Se plantea que se puede cubrir con la ayuda domiciliaria, y hemos de suponer que se esta dispuesto a llevarlo a cabo. Explica el admirado Vicenç Navarro el caso de su suegra, sueca, a cuya casa iban 5 personas en diferentes momentos a proporcionarle lo que precisaba durante el día y la noche. No sé si esto aquí

materialmente y económicamente fuese posible. A parte de esta posibilidad se me plantea la posible anécdota recordando que he vivido 50 años en una escalera con 30 viviendas y que entonces, hace una veintena de años, ya había bastantes abuelos, me imagino que ahora deben haber más y hasta incluso bisabuelos, se me ocurre que si la atención domiciliaria fuese a la “sueca” el ascensor estaría bloqueado. Perdonad la ironía. Todo mi anhelo es llamar la atención, a quien tenga poder de decisión en este terreno, de la gran cantidad de gente mayor que, según nos anuncian los profesionales en esta materia, nos irá acompañando cada vez más. Lo que no sé si valoran con suficiente precisión, es lo que ahora podríamos llamar efectos colaterales, o aquellos que podríamos considerar los que no habrían podido seguir medianamente bien la marcha del conjunto. Los procesos de deterioro son, podríamos decir, individualizados. Cada uno es un caso, parecido, tal vez, pero diferente en realidad. No sé si cabría el jugar con aquello de la calidad y la cantidad. Cuando desde una burbuja como esta en que estoy, donde estás rodeado de tantos problemas y los tienes totalmente a mano, ves casos que durante tiempo – incluso algún año – no varían y les ves que se mantienen casi igual y después de repente, hacen un cambio tan grande que provoca la expresión de los de su entorno: “Que bajón ha dado fulano, en pocos días!” Seguidamente comienza como un proceso de una cierta recuperación, o bien de deterioro, algunas veces hasta el final o bien quedan en un estado más o menos deplorable. Durante otro periodo. En conjunto podemos aplicar la expresión “los años no perdonan”. Pronto se cumplirán diez años que vivo en esta residencia, y después de nosotros, Flora y yo, han entrado pocos válidos, a causa de la entrada en vigor del nuevo perfil residencial, fatídico perfil. Podríamos manifestar, hasta incluso tendríamos que decir: Podríamos denunciar, el descenso de la tan pregonada calidad de vida. El nivel de alegría, de optimismo, de ganas de vivir, de espíritu de convivencia no es igual que hace unos años. Podríamos

concretar el análisis en los que asistimos al comedor general, en el que comemos los más válidos o menos cascados, ya que los tres pisos puramente de asistidos tienen su correspondiente comedor. A pesar de esto, a los que su estado se lo permite, aunque sea con ayuda, bajan al grande, cosa que siempre les da un cierto aire de suavidad a las posibles dolencias. Todo esto – remarquémoslo una vez más – siempre dentro de una situación de transitoriedad. Siempre dentro la trayectoria descendiente que no hemos de olvidar en ningún momento.

¿Dónde nos lleva la reflexión hecha a pie de taller? ¿Dónde podemos llegar en la convivencia diaria con la multifacética problemática en que estamos inmersos?

Creo que esencialmente nos proporciona como una coraza, que nos permite enfrentarnos a todos los retos que nos plantea esta situación, de etapa final de la vida de los humanos y como es natural, con la muerte. Aparentemente, podría parecer que la parte más dura es encarar la muerte y desde esta experiencia cotidiana estoy completamente convencido que la parte más dura, más desagradable, más deplorable y sangrante es, en mayor medida, la fase anterior a la muerte, Que trabajo se le escapó de las manos a Dante!: Desespera imaginar que puede existir gobernantes que estén proyectando lugares donde meter cuerpos para esta fase horrenda y se queden tan tranquilos y no se esfuercen para que aquellos lugares reúnan, al menos, un mínimo de aparente bienestar, ya que todas las medidas son pocas para que las fases de la etapa final se revistan de una mínima dignidad y decencia para disminuir cualquier detalle traumático para los posibles e inevitables transeúntes de esta etapa.

Parece el pez que se muerde la cola: hacen este tipo de establecimientos tan repulsivos y después pregonan que la gente no quiere ir a las residencias. Si aquí se acabase la historia... Pero y toda la historia de las residencias privadas asistidas y también para válidos? ¿Qué hacemos? ¿Cerramos los ojos y los sentidos y hacemos como el que no está? Es imposible y nada recomendable proceder así. Pregonan, reiteradamente, el derecho que se le ha de reconocer a toda la gente mayor de poder escoger donde quiere residir, donde quiere acabar sus últimos días, pero cuando alguien nombra las residencias, entonces no se vale. Bien. Si tiene mucho dinero, entonces sí que tiene derecho, pero si es pobre o está en el límite, no se puede ni hablar. Tal vez sería bueno debatir el concepto “libertad”. Otro día será.

Toda esta lectura tienen a la vez otra página, otra cara. La de la residencia en que haya también ubicados un cierto porcentaje de los llamados válidos. De los que todavía durante un tiempo se valdrán por si mismos y además, estarán capacitados para colaborar en una mejor marcha de la casa, ayudando a los asistidos a moverse y a hablar con personas digamos que más normales, distrayéndose mutuamente y creando vínculos que tienden a romper el gueto en que están convertidas forzosamente las residencias o centros geriátricos donde todo el mundo sea asistido.

El aspecto del válido, se puede valorar desde dos vertientes primordialmente: Una es que si ha querido entrar a vivir en una residencia es porque él – si le reconocemos algún derecho, como ciudadano – ha considerado que le era más conveniente. Ya haremos una mini exposición de ventajas y desventajas para decidirnos o no por la residencia. La otra vertiente es la innegable aportación a aumentar la tan controvertida calidad de vida, dentro de la monotonía de la vida misma en estos centros y el aumento de la autoestima al comprobar que a pesar de ser mayor y quizás

un poco arrinconado por la vida, todavía se encuentra útil y vital, contribuyendo a la buena marcha de una sociedad en que él faltaba. Podríamos detallar diversos casos.

Creo que sería conveniente, aunque sea esquemáticamente, hacer un esbozo de lo que podría ser una residencia en que tuviera cabida una gama más amplia y variada, dejando al margen como es natural, los que tienen suficientes recursos económicos para poder elegir libremente el lugar donde querer acabar sus días. Aquí sería para los que los condicionantes económicos, les priva de la libertad real de poder elegir con independencia, a quien parece que como ciudadanos puedan tener derecho.

La residencia del ICASS de Mataró

La residencia en que estamos mi esposa y yo desde hace cerca de diez años, es de 222 plazas, más 12 plazas de día. Pertenece al ICASS, y está situada en Mataró. Está dirigida, administrada y cuidada por cerca de un centenar de personas, de diferentes calificaciones profesionales. Remarquemos que es pública. Hay quien dice que es demasiado grande. Es posible. No sé cuál puede ser la medida ideal. Me parece que ha de haber muchos condicionantes que harían difícil dictaminarlo. Tampoco creo que haya una medida exacta e infalible. Básicamente una medida puede ser la cantidad de residentes a quienes pudiera atender un médico con su equipo y después ir añadiendo cosas, cuantas más mejor. En algún lugar he escrito que una residencia un poco grande, como la nuestra por ejemplo, es más bien como un pequeño pueblo. Más bien como un barrio de un pueblo o ciudad. Aquí tienes peluquería de hombres y de mujeres, biblioteca con siete periódicos cada día y revistas. Servicio de podología. Centro de rehabilitación, con fisioterapeutas al frente. Cafetería con mesas para consumo y para los

juegos de mesa, donde además se celebra baile una vez por semana. Hay sala de TV, en la que además de ver la televisión, se pasan videos semanalmente. Estos servicios que hemos nombrado, forman parte también del casal adjunto, los usuarios del cual son los residentes, más una gran cantidad de vecinos de los alrededores, lo que permite que los residentes que son de Mataró, sientan de cerca el calor de la vecindad que viene a jugar al dominó o a cartas y alguno de los cuales está esperando plaza para entrar a la residencia.

Por pedir que no quede. Se puede asegurar que es importantísimo que adjunto a la residencia exista un Casal. Es un nexo de continuidad, que facilita la normalidad en la relación de los ingresados con sus anteriores amistades y a través de las cuales se mantiene una relación que siempre suele ser positiva.

Además, hay una sala que denominamos de terapia ocupacional donde se llevan a cabo multitud de actividades de manualidades y cursillos y talleres muy variados, en los que los residentes medio válidos, junto con los socios del casal se lo pasan la mar de bien, y les permite hacer cosas y aprender, hecho que les hace sentirse más importantes y por tanto, aumentar la autoestima. Pero tal como disminuye la capacidad, en conjunto, del residente y va adquiriendo la categoría de asistido, se reduce en grado superlativo la parte positiva y mientras haya posibles colaboradores, les quedará la posibilidad de hacer otras actividades, ya que aquí no se para de hacer cosas para ocupar el tiempo. Por esto decimos que es aconsejable el casal adjunto, ya que entre sus usuarios externos, hemos de suponer que siempre habrá válidos, que podrán mantener el calor del ambiente. Y entre los válidos externos y el porcentaje que pudieran vivir en la residencia, no cabe duda que la existencia de los residentes adquiriría un color mucho más

alegre y satisfactorio así como humano para todos. Puede parecer reiterativo, mas no podemos ignorar y es obligatorio remarcar la gran diferencia que se respira en un ambiente donde haya un cierto grupo en colaboración con el personal de la casa. Normalmente este personal trabaja con mucha preparación y ganas, pero no puede hacer milagros, y casi los hacen, dentro de las limitaciones numéricas a que están sometidos. Esta gente, contando con un grupo con inquietudes e iniciativas, no tan solo suma, sino que a la vez se siente satisfecho y realizado al comprobar, por las expresiones de los asistidos, el acierto de su trabajo y su utilidad y beneficio.

No hemos mentado la sala grande, la cual además de sala de estar, donde hay diversos ambientes con sillones y mesitas, se transforma en sala para espectáculos, con un bonito escenario, por el que pasan dos o tres veces al mes, y en ocasiones más, espectáculos del más variado aspecto: teatro, shows diversos, corales, a veces de una cierta categoría artística, historias, actuaciones cómicas, y también a menudo conferenciantes, que han disertado sobre temas del más variado espectro.

Resulta emocionante ver residentes, ya muy cascados, como siguen el espectáculo o la conferencia y que al terminar se esfuerzan, como pueden, para saludar y felicitar a los que han actuado citando que les han recordado momentos, que en el transcurso de su vida, habían sido motivo de felicidad y alegría. Creo que no es preciso destacar la satisfacción, el bienestar que llena el corazón de los que han hecho posible la realización del espectáculo o encuentro y como crece el sentimiento de autoestima, al ver que a pesar de la edad – ya que de jovencitos aquí hay muy pocos – todavía eres útil. Estas personas, a quien otros, con más títulos y quizás con más inteligencia, habían condenado al más radical ostracismo.

Esta misma sala sirve los sábados por la tarde para celebrar la misa semanal, de libre asistencia. En esta planta que denominamos noble, la planta baja, está ubicado el comedor principal, donde comen los todavía medianamente válidos y los que se esfuerzan en querer ser válidos – un poco ya lo hemos descrito anteriormente – a pesar de ir con caminadores o sillas de ruedas, ya que les ayuda a sentirse un poco más apartados de las plantas asistidas, aunque a causa de sus dolencias y limitaciones – problemas de continencia, etc., etc. – ya duermen y pertenecen a una sala asistida. Haciendo uso de un cierto grado de tolerancia y comprensión humana por parte de la casa, se aprovecha hasta la última pizca de posible independencia física y mental del residente para hacerlo sentir a pesar de todo, con cierta vida, con cierta vitalidad, porque, aunque sea acompañado o con silla o caminador, pueda, si él o ella quiere, - y de verdad que quieren – asistir al comedor general, o presenciar el espectáculo presentado en la sala grande. En conjunto se siente más persona, más normal y se resiste a caer en el escalafón final, por tanto tiempo como sea posible.

Hemos querido hacer la comparación de un barrio, con todos estos servicios que tenemos a mano, en unas calles que no están asfaltadas, sino pavimentadas y además cubiertas, en las que aunque llueva puedes transitar a pie seco, con calefacción en invierno y bastante bien ventilados en verano. Para que no falte nada de lo necesario, pasan por la puerta, líneas de autobuses municipales, con los que trasladarte a cualquier otro punto de la ciudad.

Un día normal podría ser, bajar de tu apartamento o pisito a las nueve – hay madrugadores que bajan mucho antes y ya se pasean por el jardín – sería imperdonable pecado no mencionar el magnífico jardín, con fuente

incluida, que nos brinda aquel relajante murmullo que proporciona el agua al saltar – haciendo ejercicio, o bien yendo a la biblioteca a hacer el primer repaso de la prensa. Pues bien, a las nueve al comedor, donde te encuentras en tu lugar correspondiente la confitura y la margarina en el plato. Seguidamente te pasan el pan que puede ser de barra normal o tostado. Hay para escoger, según dentaduras, pan de molde normal o integral. Para los que hacen dieta tienen fruta o manzana al horno e infusiones de hierbas y para los de régimen normal café con leche. Claro que no es un cinco estrellas, yo no he estado nunca, pero los menús son más que aceptables. A pesar de ello se admiten reclamaciones y sugerencias. No sé si es preciso explicar que en el comedor, en los menús, se celebran todas las fiestas y fiestecillas. Los postres adecuados a la fiesta. El cava que lo destaca. Y aquí también se nota la diferencia con la presencia o no de válidos. Cuando entramos hace diez años en que había más válidos, estos mismos extras se revestían de más colores, ya que se hacían más brindis y con más euforia y algunas fiestas terminaban en baile. La noche de fin de año, se esperaban las campanadas y todavía había quien se marcaba unos pasos de baile. Ahora como mucho esperamos las diez y unas tapadoras hacen las campanadas para comer las uvas y a dormir. Algunos que no encuentran sentido con las tapadoras a las diez, ya han marchado antes. Pienso que no sabré explicarlo. Todo consistiría en una docena o docena y media de válidos que hicieran de contrapeso y ya tendrías más de un centenar de personas, - la mayoría asistidas- celebrándolo con más alegría y satisfacción. Mas sería imperdonable en todo este guión, olvidar este puñado de válidos (contábamos con ellos) para producir la felicidad de los demás. Si se trata de válidos dispuestos a ingresar en una residencia, casi seguro que pertenecen al grupo que por situación económica familiar les tocaría una residencia. Como todavía no se encuentran lo bastante deteriorados, no dan el perfil residencial y allá los tienes, más solos que la

una, como vulgarmente se dice, no celebrando ni las tapadoras. Si fuesen trasladados a aquel ambiente podrían además crear felicidad para otros, disfrutando ellos a raudales.

La soledad

Aprovechando que hemos hablado de los que viven solos, me gustaría comentar este sentimiento que también ocupa un lugar prominente en las estadísticas: La soledad. Soledad física, pero esencialmente la moral, la espiritual. El hecho de estar solo. Más aun, el hecho de sentirse solo o sola. Dicen en castellano “El buey suelto bien se lame”. Y quizás sea verdad. Sin duda en la vida hay muchos momentos en que es preciso sentirte solo. Para pensar, para concentrarte en algún proyecto o idea que llevas en la cabeza. Pero claro que no todo el mundo lo precisa y los que lo precisan no es de una manera continuada. Cuando el proyecto ha madurado necesita explicárselo a alguien. Incluso a medio hacer, necesitará en algún que otro momento comentar posibles aspectos, para sentirse seguro en el camino que se sigue.

No sé si la naturaleza es sabia, pero si que parece que el lugar natural del ser humano no es el hecho de estar solo, en especial a ciertas edades. El ser humano es social por excelencia, necesita vitalmente convivir y relacionarse con otros seres, básicamente de su especie. Como en todo, encontraríamos muchos modelos y variantes, pero en general es que la gente mayor sola tiende a abandonarse, a descuidarse. En la limpieza, en la alimentación, en los medicamentos. Cuanto más mayor, más. Aquí dentro que hay cuidadoras y la vigilancia es distante pero constante, tenemos algún caso curiosísimo, digamos que de resistencia pasiva, en que prevés que aquel abuelo solo en un piso, podría resultar un caso patológico.

Pasando a la soledad física, se puede encontrar tan fácilmente en una vivienda una persona sola y que además, no se encuentra a gusto en aquel lugar. Comparémoslo con la vida aquí: Como ya hemos dicho, a las nueve, o antes, coges el ascensor en el que ya encuentras caras conocidas y en el que por cerrado que estés, es inevitable decir alguna cosa. Si vas justo de tiempo y te diriges hacia el comedor directamente pasas al lado de otros que van, lo más fácil es que os digáis alguna cosa. Si te sobra tiempo igual te juntas con algún grupito que ya charlan. Llegas a la mesa y ya tienes tres colegas más que van y que sois los de cada día y con los que la conversación es prácticamente inevitable. Esta situación se repite al mediodía y por la noche para cenar.

A media mañana, antes de comer se forman unos grupitos que conversan, que critican. A la tarde, después de ver la película y de la siesta, se vuelven a hacer las reuniones, totalmente por libre, pero es de suponer que es por afinidad en alguna cosa. Otros salen o bien a media mañana o por la tarde a caminar o tal vez por algún encargo. ¿Que quiero decir, con todo esto? Pues que aquí es prácticamente imposible sentir soledad. Prácticamente todos hacen nuevas amistades o relaciones y en algunos casos verdaderas amistades. Claro que para esto es necesario entrar aquí en condiciones de vivir, medianamente bien, un tiempo, ya que si te traen en las últimas solo te queda tiempo para gemir.

La gente que hemos estado y estamos en contra del individualismo, como filosofía, si queréis como sistema de vida, nos duele el corazón ver que, con apariencia inocente, se promueve el individualismo entre la gente mayor, cuando precisamente parece que, al contrario, sería necesario y conveniente que se promoviera la convivencia y la solidaridad, que son

sentimientos, que al vivir en colectividad, se abren camino por motor propio. Ves como personas que no parecen muy proclives a ayudar y a pensar en los demás, se enganchan a una silla con ruedas de una abuela más mayor y la ayuda a hacer el camino hasta el comedor o después hasta el ascensor, o bien sujeta la puerta del ascensor hasta que todos han entrado o salido. Innegablemente podemos menospreciar todos estos detalles, ya que el mundo continuaría rodando aunque estos hechos no se produjeran. Pero parece toda una sintomatología del posible comportamiento del hecho de ser mayor solitario o en compañía.

Si pensamos en la gente mayor que dicen que vive sola y con bajos niveles económicos, entre hombres y mujeres parece que nos aproximaríamos a varios centenares de miles. Es posible imaginar que, si conociésemos la verdadera residencia y tuviésemos la posibilidad de escoger, cuál sería la reacción de gran parte de ellas y de ellos.

En este punto viene al pensamiento la posibilidad de profundizar en un par de aspectos, como podría ser la cantidad de pisos o pisitos que podrían dejar libres los abuelos que se decidieran por la residencia y otro aspecto que siempre me ha preocupado – es el siguiente: ¿Cien pisitos, - aquello que llaman cien fogones – saldrían más económicos, que cien plazas en una residencia, contando que la mayoría podrían estar medio válidos? Simplemente es una pregunta llena de curiosidad.

Seguridad / inseguridad

Aquí podríamos abordar otro sentimiento mayoritario de preocupación de la gente mayor: la seguridad. Podemos analizar este sentimiento:

1º - La inseguridad económica. Que la pensión no llega. Cada año hay muchas promesas y discursos, pero al final de mes, no se llega con seguridad.

2º - La inseguridad no de fin de mes, sino la de cómo cubrirás el gasto de la reparación del calentador, etc., etc. Podríamos confeccionar una lista muy larga, ¿No? En esta inseguridad entran todos los imprevistos del hogar y de la persona, en fin. Demasiadas cosas.

3º - En este apartado se puede incluir todo lo relacionado con la salud y los accidentes, que no cubra al completo la Seguridad Social.

Tenemos un aspecto de la seguridad física que es importante no ignorar: Una caída en el hogar. Mientras se avisa a quien corresponda, tanto si es por teléfono alarma como por el teléfono tradicional o algún vecino te oye, mientras llega el que sea, pasa un tiempo que puede ser vital. En una residencia en condiciones, es cuestión de segundos o muy pocos minutos.

Por si sirve de orientación: Debía hacer poco más de dos años que estábamos en la residencia y un día lavándole los dientes, a Flora, como hacía normalmente, noto que empieza a gesticular. Comprendí que se trataba de un ataque epiléptico y la tendí en el suelo. Era todo un panorama intentando que no se mordiera la lengua, y buscando uno de los pulsadores del timbre de alarma. En pulsarlo fue cuestión de un par de minutos o menos que ya tenía dos cuidadoras y a los cinco minutos ya había cuatro o cinco, que enseguida, pronunciaron aquella frase que tan bien suena en ciertos momentos. Romuald, tranquilo que esto no es nada. Ahora déjanosla a nosotras que ya la arreglaremos. Me sucede esto en mi casa y con toda garantía que no salgo tan bien.

Si el sentimiento de soledad en todo su espectro polifacético sumamos el sentimiento de inseguridad tanto económica, como global, forzosamente el abuelo protagonista ha de estar sometido a unas presiones mentales tales, que no es extraño que se nos presenten situaciones tan deplorables como en algunos casos encontramos.

A veces he dicho que parece que los abuelos de Catalunya sean más ufanos que los de Madrid, ya que allí, en un año, ha habido tal hallazgo de cadáveres que parece realmente imposible. Aquí también hay, pero en menor cantidad. Aquí quizás son más peligrosos, ya que hay explosiones y algunas, parece que intencionadas y entonces paga quien paga.

No deja de ser un aspecto del peligro que ciertos abuelos vivan solos y no sería de extrañar que llegue un momento que las Comunidades de vecinos tomen medidas al respecto, para evitar sorpresas desagradables.

Mirándolo desde el punto de vista de los familiares del abuelo y del mismo abuelo, en relación a la posibilidad de morir imprevisiblemente y el tiempo probable que puede pasar hasta encontrarlo, volvemos a encontrarnos con la ventaja de la estancia en una residencia. En ella se pasa, por la habitación, por uno u otro motivo, - medicación, cambios posturales, control rutinario, etc., - varias veces cada noche. Estamos hablando de residentes asistidos. Si además es un enfermo a quien se le ve grave, las visitas y curas todavía son más frecuentes.

Si hablamos de un o una residente en régimen de válido, puede darse el caso que no haya tenido fuerza suficiente para pulsar el timbre teléfono y entonces el tiempo máximo que transcurre es hasta primera hora de la mañana: Siempre pensando que no se le apreciara ninguna anomalía que

pusiese en guardia al servicio médico. Tanto al asistido, como al posible válido, si se podía prever alguna situación grave, la familia estaría totalmente al corriente de la situación. Inmediatamente en cualquier caso, de final imprevisto, los familiares son informados.

En esta fase final parece que la sensación de seguridad es muy superior que en cualquier otro ambiente. A pesar de esto querría decir, que donde la sensación de seguridad se manifiesta rotundamente es en el día a día, en lo cotidiano de la vida. La suma de pequeños detalles a que estamos expuestos en todo momento y que forzosamente te crean el sentimiento de inseguridad al no tener, durante muchas horas del día y de la noche, nadie a mano para poderte ayudar, sin necesidad de gritar, ni ponerse nerviosos. Esto es lo que sucede en una residencia, donde todo se soluciona, podríamos decir que automáticamente. Por poner un ejemplo. Estaba esperando el ascensor junto a una residente cuando de sopetón veo que se desploma en el suelo. Instintivamente la miro, veo que no se mueve, entonces hice una señal a la conserje que estaba ante nosotros y se dio cuenta de que iba, llamó a enfermería y enseguida teníamos un enfermero con una silla de ruedas, con la que se llevaron la desmayada, que se recuperó a continuación. Nos enteramos los tres o cuatro que estábamos allí. Sucede en casa estando solo y podemos imaginar lo que queramos, pero siempre pasándolo por el prisma de la seguridad o de la inseguridad, que como sentimiento no te lo puede impedir nadie.

Si a este sentimiento de inseguridad añadimos el otro de la soledad, y los mezclamos bien, el cóctel resultante puede resultar fatal. Porque parece que estos dos sentimientos tan diferenciados, en realidad se entrecruzan de una forma casi total. Veamos: si te sientes solo o sola y tienes por tanto el sentimiento de soledad, automáticamente tienes el sentimiento de

inseguridad producto de la soledad, que te impide encontrar nada que te dé seguridad. Y también al revés: si no tienes seguridad porque en tu entorno nada te acompaña para que puedas solicitar ayuda, infaliblemente el sentimiento de soledad lo tendrás presente. Son dos sentimientos totalmente diferentes, pero que suelen ir muy unidos y que para salvarte de uno, necesitas eliminar los dos.

La sensación de soledad parece que es el que más asusta de los sentimientos de la gente que vive sola. Es capaz, por sí solo, de crear un clima irrespirable de tanta agresividad, que puede poner en peligro el equilibrio mental de ciertas personas que vivan solas. Se dice que una persona se puede sentir sola en medio de las graderías llenas de público en el campo del Barça. Es obvio que se trata de otro sentimiento de soledad. La soledad física que da origen a la soledad moral, esta no tiene cabida en la vida dentro de una residencia.

Válidos en la residencia o residencia mixta

¿Que pretendemos dar a entender al solicitar las residencias en que también tengan cabida algunos y algunas válidas? Más o menos sería que, si bien en todos los discursos referentes a la etapa final de la gente mayor, se les destina en una residencia, después de expresar el consabido mientras se pueda: Con la familia...mientras se pueda. En su casa, mientras se pueda. En un apartamento tutelado...mientras se pueda. ¿Y después?

Pues bien, después una residencia. Todos de acuerdo. Lo que no sé es si todos estamos de acuerdo en el tipo de residencia, a que los queremos destinar. Básicamente podríamos prever dos tipos, los dos dentro de la característica de públicas. Una opción es un tipo de residencia donde todos

ya están bastante deteriorados y donde el aire que se respira es poco agradable, y unos gimen por aquí y otros lloran o se lamentan en la otra esquina. Lo que denominan asistida. O bien, puedes entrar en otro tipo de residencia donde no todos estén en las postrimerías, donde todavía hay vida, donde todavía hay quien canta y quien ríe, porque este que ríe, - a pesar de los años, aquí todos son gente mayor – lo hace porque siente, digamos, la alegría de una cierta vitalidad, que además le permite, no solo vivir, sino irradiar vida en su entorno y proporcionar como una dosis de bienestar a los de alrededor. Unos porque acompañan a algún asistido a la visita médica, o a comprar cualquier cosa. O bien a pasear para tomar el sol. Otros que ayudan a los que van en silla de ruedas y tienen dificultades, pues a entrar y salir de los ascensores, y cuando hay un espectáculo les ayudan a situarse en la sala. Otros que contribuyen para que vengan estos espectáculos. En fin, una multitud de pequeñas cosas, que proporcionan a la vida un aroma muy diferente a aquello que alguien ha definido como “pretanatorio”, donde el ambiente más bien se corta. La presencia de validos/as se detecta solo con pasar por los pasillos entre asistidos en que muchos se esfuerzan a saludar y hasta incluso a sonreír. Esta diferencia se aprecia también en los familiares de los residentes asistidos, en el hecho que se puede palpar, que a pesar de todo, allá dentro queda alguien vivo. Que se puede considerar vivo.

No sé si es muy difícil de entender que unos cuantos válidos y válidas puedan cambiar tanto la calidad de vida de una institución de estas proporciones. Es más fácil de entender si pensamos en la satisfacción que sienten viendo la tarea que realizan, el fruto que se ve en los asistidos. En fin. Todo aquello que ahora es tan bonito de decir, como es sentirse realizado, como aumentar la autoestima. Bien. Pequeñas palabras que ayudan a vivir, y tal vez a sentirse un poco más feliz.

Pensando que la opción de estos válidos/as era quizás estar solo/a en casa, con toda la problemática de llegar a fin de mes. De afrontar imprevistos. O sea toda aquella inseguridad económica que ya hemos intentado explicar.

Añadimos la otra falta de seguridad, que no queremos volver a describir y en especial la sensación de soledad, que aquí dentro es prácticamente imposible de sentir y más si se dedican a la atención de los demás.

Llevo cerca de diez años ingresado aquí y he tenido sobradamente la oportunidad y más contando con la circunstancia de mi esposa, de poder valorar lo que es el tipo de residencia donde hay un buen número de válidos/as, que hacían resplandecer el sol con mucho más atractivo. Allí siempre había ganas de hacer cosas y reír y hacer reír y por tanto los colores eran mucho más sonrosados que no ahora, que quedamos cuatro gatos medio válidos y que por mucho que nos esforcemos, quedamos cortos, todo y contar con la aportación y las iniciativas del personal de la casa, uno de los objetivos del cuál es hacer que todo funcione de la manera más agradable posible y que no escatiman esfuerzos en conseguirlo.

Al no entrar gente válida para suplir las bajas cualitativas – por deterioro – o cuantitativas – por defunción – la operación aritmética pronto está hecha y comprobada. Si se mantiene el actual perfil residencial la cosa queda bloqueada.

Al llegar a este punto nos encontramos – me encuentro – con la respuesta, que es por cuestiones económicas, ya que se dice que no hay dinero. Algún técnico en bienestar social aconseja que no te dejes amilanar con la excusa que no hay dinero – ya aprenderemos a decir euros – que dinero siempre

hay, lo que sucede es que los emplean en otros menesteres. Antes de acabar el escrito ya volveré a tocar el tema. Es preciso analizar un poco la problemática de la excusa del dinero.

Veamos: Si en cada residencia asistida se le destinan unas plazas de válidos por descontado que se tendrá que construir alguna residencia de más para dar cabida al número de asistidos precisos. Pero es necesario tener en cuenta la diferencia de precio de una plaza de asistido a una plaza de válido. Solo es necesario contemplar que aquí, en una planta de 36 asistidos, hay empleados cada día: Seis cuidadores por la mañana, cinco o seis por la tarde, con la enfermera correspondiente y dos camareras y uno o dos celadores, por la noche. Una planta igual de 36 válidos, dispone como servicio de dos camareras por la mañana, que hacen la limpieza de los dormitorios y de los pasillos. Sumemos otras variantes que por la condición de asistidos se añaden y teniendo en cuenta que el capítulo de sueldos del personal es la parte del león del presupuesto de una casa como esta, pronto se comprenderá que los dos precios son muy diferentes. Por tanto el aumento para plazas de válidos quizás sería menos excesiva de lo que en un principio podía parecer. En las residencias privadas, el precio de la plaza de válido es muy diferente de la de asistido, como es natural.

Del derecho o del revés, no podemos obviar el aspecto social que representaría solucionar el problema personal e individual de los válidos y válidas a quien les tocara la lotería de entrar en una residencia, iniciando una nueva vida con muchos menos nubarrones y mucha más claridad del sol. Es posible que alguien ose decir que quizás no querrán entrar y la respuesta es evidente: creemos residencias dignas, humanas para seres humanos, no pretanatorios para cuerpos terminales, que esto no tiene ningún secreto. Hay personas a quien les gusta decir que la gente mayor no

quiere encerrarse. Necesito dos consideraciones: En primer lugar, solo es preciso que leáis la prensa y revistas para gente mayor y incluso prensa diaria, en muchos ejemplares veréis la cantidad de anuncios de residencias, - empresas privadas, es obvio – del más variado tipo. Ahora incluso una multinacional financiera proyecta construir un conjunto, con una población con edificios de viviendas normales, pero de calidad y también de residencias para gente mayor extranjera. Parece que la intención primordial es que las residencias tengan continuidad con la población colindante y así se elimina la posibilidad de ser un gheto, que es lo que sucede en los centros asistidos exclusivamente y que por tanto están aislados, de su entorno vivo. Cuando escuchas, y lo escuchas, que la gente mayor no quiere ni oír hablar de residencias y al unísono ves los anuncios de centenares quizás miles de plazas del tipo más variado, pero esencialmente de precios que no son, ni por casualidad, no ya al alcance de la clase trabajadora, sino ni para la clase media. Cuando hablan de pagar medio millón al mes e incluso más, ¿Qué bolsillo llega, si no es gente rica de verdad? La respuesta es perplejidad.

Y si auténticas empresas financieras, con sus estudios de mercado realizados, osan embarcarse en proyectos como este, llegas a la irónica conclusión, que en la parte de población que puede pagarlo, hay quien está de acuerdo en hacerlo y no deben ser pocos, si calculamos la cantidad que se construyen y que se están vendiendo.

Hay un punto que vengo planteando quizás de una forma demasiado osada y es el más crudo dilema: No se trata de hacer residencias públicas para obligar a nadie a entrar. Simplemente se trata que se pueda optar con plena libertad y exista la posibilidad de rehusarla, si así se decide o bien de ingresar si así se necesita y se desea.

Es de suponer, y de esperar, que si tenemos gobiernos de tipo popular, tendrán en cuenta que delante la avalancha de gente mayor que nos espera, al realizar el listado de posibles soluciones, uno de los puntos por los que será necesario empezar será por la familia. Se tendrá que contar con que la presión de los abuelos no la desestructure, ya que no es de excesiva fortaleza delante de problemáticas muy graves. En algún punto señalamos que la familia más consistente es aquella en que el soporte es la abuela, pero esto no ocurre en cada casa y tampoco sabemos si es realmente aconsejable.

Hace unos meses el programa de TV3, *En camp contrari*, presentado por *Pere Escobar*, Aparecían dos abuelas antagonistas, pero las dos muy interesantes: Una entregada a cuidar a los hijos y nietos y sintiéndose muy feliz, y la otra viviendo su vida yendo a bailar, yendo de excursión, divirtiéndose, decía ella, tanto como podía, y manifestaba sin tapujos, que sus hijos ya los había criado y ahora correspondía a sus hijas criarse los suyos y que no quería ser la criada de nadie. Si la necesitasen en algún caso concreto ya la encontrarían, pero como norma, consideraba que tenía derecho a su vida.

Hago mención tan solo para reafirmar que ante tanta gente para pedir, toda la oferta será poca para poder escoger el modelo que más guste a cada abuelo/a. Y si remarco una, las residencias, es porque puede ser el gran colchón que como última, pero gran solución, se procure que ayude a apaciguar los tropiezos que en las otras hay, más facilonas, pero menos definitivas.

Un punto que no ha surgido todavía y ha de aparecer es la posible financiación de la operación residencias. Es sin duda el más complejo. Alguien en algún momento ha señalado que la problemática de la gente mayor adquiere un volumen financiero tan grande que debidamente e inteligentemente tratado, podía convertirse en un motor de la economía. Incluso, quizás, parecido al de la industria armamentística, que es la que distorsiona todos los presupuestos y que además parece intocable, aparecen como si en el fondo todos estuviéramos más o menos de acuerdo. Y os aseguro que yo no estoy nada de acuerdo. En algunos escritos para revistas he ido remarcando que con menos aviones y barcos y cañones había suficiente para solucionar la problemática de la gente mayor y todavía sobrarían para arreglar las escuelas en todos los niveles.

Si la industria de la guerra es un motor por la cantidad de puestos de trabajo que crea, imaginemos la construcción de la gran cantidad de residencias que, más o menos a la larga, serán necesarias, y centros de día, etc., etc. Construirlo, llenarlo con todo su utillaje y mobiliario. La cantidad de puestos de trabajo especializado y no. Mantenerlo en funcionamiento, “in crescendo”, si el planteamiento demográfico continúa al ritmo actual. Esto sí que podría ser un auténtico motor de la economía.

Después de haber venido el amigo Raúl Romera y también Jordi Armadans, para dar unas charlas sobre paz y desarme aquí en la residencia, hice un artículo para un periódico, en el que destacaba precisamente esto: Menos cañones y más Bienestar Social y comentando el escrito con un joven amigo periodista le dije, parece un poco demagógico ¿No?. Me gustó mucho la respuesta, me dijo: No Romuald, no es demagógico, sino pedagógico. Es un tema en el que hemos de trabajar mucho más.

Comprendo que no doy solución para mañana, pero estoy tan convencido que la problemática alcanzará tal magnitud, que si se quiere dar soluciones más o menos definitivas, - no parches, no cataplasmas, que suavicen pero no curen – el punto donde llegaremos desde los diferentes lugares de salida será la residencia. Quizás con muchas variantes o características. Pero lo que más me preocupa es el hecho que, por desconocimiento o desidia, se pueda aceptar el, digamos, pretanatorio como solución o mal menor. La misión de la residencia básicamente consiste en suavizar, apaciguar el proceso imparable e irreversible del deterioro de los abuelos y abuelas, que aquella penúltima fase – en la última ya quizás no se sufre y además es posible que se nos escape de las manos – pero en la penúltima, aquella fase que ya nos conduce al final, para ayudar a superar esta fase, se tendría que disponer de todas las herramientas y condicionantes habidos y por haber. En todo el proceso de vida en la residencia, lo más primordial, es ir superando los días, meses, años. Todos los tropiezos y contratiempos fruto de los años y dolencias y todo sin grandes sobresaltos, sin traumas, como si todo fuera producto de una muy perfecta planificación. Y así llegar al final casi sin darnos cuenta.

El gobierno que se atreva a aquello que dicen, coger el toro por los cuernos, y que además de arreglar, en lo posible, las diferentes problemáticas planteadas, nos disminuya la inaguantable carga armamentística, es de suponer que se habrá ganado la confianza del Pueblo por un largo periodo de tiempo.

Como anécdota personal - ¡que anécdota! – he de explicar que este verano pasado caí en una calle de Mataró y me rompí el fémur y la clavícula.

En fin, todo un cuadro. Una ambulancia me llevó a urgencias en el hospital, al día siguiente me operaban y todo aconteció muy bien. Y ya nos volvemos a encontrar con las ventajas de la residencia. Cuando en el segundo día el traumatólogo pensaba el día que me enviaría a casa le dije que estaba en la residencia del ICASS de Mataró. Que no estaba en un piso particular y que allí teníamos aparte de servicio médico las veinticuatro horas del día, un servicio muy preparado de rehabilitación con dos magníficas fisioterapeutas, lo que me permitiría llevar a cabo la recuperación en mi propia casa, cada día. Me habían operado el domingo por la tarde y el viernes siguiente ya estaba en la residencia. También aquí podríamos llenar dos o tres páginas de las ventajas de estar en una residencia. Todo a mano, todo a punto. Personal con una profesionalidad a prueba de cualquier circunstancia. Casi tres meses en silla de ruedas, seguido de muletas, todavía llevo una, pero que si ya has asimilado que aquí es tu casa, te maravilla que tan cerca de la mano tengas de servicio, tanto personal, - día y noche – y tantas atenciones. Si llego a estar en mi anterior casa, la estancia en el hospital se hubiese alargado bastante más y a continuación estaría la visita diaria a recuperación.

En fin. La opción es muy fácil y ya la tenía tomada.

Me gustaría antes de acabar, expresar mi firme y muy contrastada opinión, que precisamente en una residencia como las que reivindico es donde el ser humano puede ser y sentirse libre, con plena libertad. ¿Porqué digo esto? Que quede claro... como opinión propia fundamentada y comparada con los diferentes estilos de vida que he vivido y he visto vivir.

Puedes querer sentirte libre lavando los platos y cocinando y ordenando el pisito. Lavando la ropa, etc., etc. La lista puede ser bastante larga. El

parecido sería si te sientes con ánimos, capacidad y ganas de hacer otras cosas, quizás no más importantes – la cotidianidad es importantísima, pero ¿no creéis que puede ser cargante y aburrido?

Si sumamos cuidar el familiar enfermo. ¿Hay algo más importante? Pero si vas a vivir en un lugar en que todo esto te lo hacen y mucho mejor de lo que lo hacías tú. Y que no es por caridad, si no porque está incluido en el trato. En casa, con todas estas responsabilidades, quedas condicionado para salir a hacer cualquier actividad. Cualquier viaje... en fin, ¿para qué alargarlo más? Te quitan estas responsabilidades y otras que podrían añadirse y te dicen “eres libre de salir, de entrar, de ir, de volver cuando quieras, mientras avises y pongas en conocimiento de la casa, donde vas, y haya medios para contactar y localizarte”. Si tienes cónyuge con dificultades, como es mi caso, pues ¿qué decir?. Cuando Flora estaba mejor, fuimos cuatro o cinco veranos a Francia a casa de unos amigos. Después, como ella no podía venir, un verano fui tres semanas con total tranquilidad. Llamé por teléfono en alguna ocasión, a pesar de saber que si hubiese sucedido cualquier cosa, inmediatamente me lo hubieran hecho saber. Por tanto, en ningún lugar podrás disfrutar de más libertad que en una residencia.

No sé si es preferible hacer un pequeño resumen como conclusión. Intentémoslo.

Cortito.

Cuando consideramos que la familia es el marco natural para acoger a los abuelos, la mayor parte de los digamos consideradores, parece que no ha tenido suficientemente en cuenta la evolución de la familia y también, que por regla general, al decir familia queremos decir mujer. Que es la que más

ha evolucionado. Según se haga no será difícil que los años, - aquello que hemos dicho que no perdonan – acaben desestructurando la institución familiar. Solo precisamos evitar los traumas a los abuelos/as.

Es necesario recordar:

Contra el sentimiento de soledad “LA RESIDENCIA”

Contra los diversos sentimientos de inseguridad “LA RESIDENCIA”

Y que para poder saborear un poco una residencia, no es preciso esperar al último momento para que nos lleven.

En forma de epílogo

Esta reflexión fue hecha antes de la muerte de la abuela de Gracia, por tanto, antes de la declaración del Síndic de Greuges de mediados de marzo y anteriormente al informe sobre gente mayor de la Diputación de Barcelona

Queremos destacar este hecho, ya que en muchos de los puntos parece que una cosa tiene relación con la otra. Uno de estos puntos es la financiación recurrente en los presupuestos del Estado, como dice el Síndic.

De acuerdo también con Dolors Comas el hecho que será un proceso largo – dolorosamente – y que el modelo basado en las familias ya no es el más adecuado.

Cada día la gente mayor, en general, pero especialmente las mujeres, parecen menos predispuestas a quedarse con la familia con las perspectivas de cargar con la responsabilidad del conjunto familiar. ¿Quién se imagina la mujer volviendo a casa a cuidar abuelos/as y/o bisabuelos/as?

Hay como una confabulación latente hacia las residencias, - recordando los guetos de los asilos, que eran otro mundo – lo que no impide que exista como una gran eclosión dentro del mundo de las finanzas, de ofertas y estudios, para ver quien se lleva la parte más grande del que prevén como un pastel de la problemática de la gente mayor. AESTE piensa pasar de 15.000 camas a 20.000 hacia finales de año. CASER comprará por 11,7

millones de euros el conjunto de residencias que posee la empresa METROTRES. CEVASA proyecta pueblos para pensionistas europeos. Otra gran financiera extranjera proyecta construir grandes edificios de viviendas y residencias adjuntas para jubilados extranjeros. TRIANZA, - integrada por Winthertur, Ballesol y Roan – ofrece la financiación de plazas en residencias, basada en una especie de vitalicio sobre bienes inmuebles. El mercado residencial, suponemos el privado, crecerá el 2004 crece del 10%, a causa del hecho que el sector geriátrico es, según dicen, uno de los de mayor proyección.

Como veis allí donde hay dinero aparece una oferta residencial en abundancia y en especial en previsión de futuro, en el campo económicamente pobre ... que Dios los ayude!!

Esto no impide que cada día más voces reclamen más cantidad de plazas residenciales y es de suponer que no se refieren únicamente a las privadas. Hace poco más de un año que escribí la Reflexión ... y en este corto periodo de tiempo podría haber llenado un capazo de artículos y manifestaciones aparecidas en diferentes medios en referencia a la problemática residencial. Alguien dijo que las residencias son un símbolo de progreso y lo serán todavía más cuando todos los que las necesiten puedan tener acceso.

Últimamente, E. Mújica, Defensor del Pueblo, en una entrevista de la revista *SESENTA y más* reitera que lo más urgente es hacer residencias en abundancia.

Respecto a esto solo queda decir, o repetir, lo que en la Reflexión se pretende dejar claro: Las características que deben tener las residencias, o sea, es necesario que sean mixtas. De válidos y asistidos. Como una

obsesión, es necesario huir totalmente del posible gueto. Una muestra podría ser: Una residencia de Navarra que atiende 40 personas ha sido galardonada con el premio ISO 9001 – 2000, por el nivel de calidad que desarrolla el centro. Añadiré un detalle por si se considera de interés: de las 40 personas, veinte son asistidas y veinte son válidas. O sea, que es una residencia mixta.

El otro punto que no me gustaría dejar en el aire es el del abanico interesantísimo de ofertas que se hacen – dicen – para alargar la estancia en el domicilio propio. Todo sea por la buena intención y que la persona interesada pueda escoger. Pero permitidme un comentario: El caballo de batalla es la asistencia a domicilio. Se habla de dos horas a la semana. Imaginemos una persona sola, hay docenas de miles, a quien le conceden esta gracia. Calculad 24×7 , menos dos, solo le quedan para estar sola cada semana 166 horas. Sin comentarios. Hay algunos más valientes que han hablado en relación al hecho que el nivel óptimo sería de 5 horas diarias. A algunos, en oírlo, casi les da un infarto, no han dicho si es por el exceso de gasto o bien porque se han dado cuenta que todavía quedan 19 horas diarias para que pueda pasarle cualquier cosa al abuelo o abuela que se queda solo/a en casa. No es para reír, que los dramas son graves y abundantes. De todos modos, si tuviésemos tiempo y ganas de hacer de hacer números descubriríamos que calculando 5 horas al día cada 100 personas, equivalen al régimen residencial de calidad que cubriría las 24 horas del día de los 365 días del año. Se recurrirá a la consabida excusa de las finanzas. Digamos que la respuesta la han dado Vicenç Navarro, Arcadi Oliveres, Armadans, Romera, Vicenç Fissas, Mayor Zaragoza. ¿Queréis más?

Se necesita menos armamento y más atención a las necesidades sociales. ¿El armamento da puestos de trabajo? Pues imaginemos Catalunya, España

cubierta de las necesidades escolares, residencias, etc. por todo lo que ya sabemos y calculamos. Si podemos, hagamos números para contar los puestos de trabajo que todo este mundo positivo podría crear. No entiendo, pero parece que podría surgir un nuevo motor de la economía y que produciría bienestar y, dentro de lo posible, felicidad y no muerte y ruina como la del armamento.

Como comentario final solo formularé una queja: A los abiertamente partidarios de la solución residencia – como menos mala – no se cansan de repetirnos que debemos respetar el criterio de los que no desean entrar, cosa que a mí ni se me ha ocurrido, ni se me ocurrirá nunca. Precisamente lo que reclamo es el respeto a los deseos de cada uno, cuestión que no se respeta a los partidarios y peticionarios de entrar en una residencia y por eso se han creado unos perfiles denominados residenciales como barreras infranqueables que son humanamente inconcebibles.

No sé si tiene alguna intencionalidad de más o menos cambio en este aspecto, que últimamente alguien ha mencionado como posible mérito por tener derecho a una plaza residencial la dependencia económica, parece que hasta ahora tan solo se tenían en cuenta las dependencias por problemas físicos o psíquicos. Si se avanza un poco por este camino podría ser una solución para los válidos más pobres, pero todavía nos quedará la numerosa clase media baja que habrá ahorrado toda la vida... pero no lo suficiente para pagarse una residencia privada. Dejémoslo aquí.